

## MUESTRAS DE LITERATURA BUFONESCA EN LAZARILLO DE TORMES Y GUZMÁN DE ALFARACHE

*Aparna Nori*

*The English and Foreign Languages University, Hyderabad*

Provocadores de la risa y del sarcasmo, farsantes esbeltos o contrahechos, se jugaban la vida a su humor y al de sus amos. Hijos de la historia, sobreviven recreados por las bellas artes de Homero, Velázquez, Shakespeare, Víctor Hugo y Verdi...<sup>1</sup>

Desde que el mundo es el mundo, el humor o el ingenio han ocupado un espacio emocional de doble naturaleza en la estructura del psique humano. Por un lado el humor ha aliviado, calmado, casi neutralizado las locuras y necedades del ser humano y por otro, con un toque sutil pero potente las ha lanzado a la superficie, es decir, si el humor ha hecho que estas locuras parecieran insignificantes y graciosas, el mismo humor tenía el poder de hacerlas significativas y serias.

Teniendo en cuenta las poderosas implicaciones del humor como un ingenio y un arte, podemos estar de acuerdo en que si bien es fácil de reírse, pues, hacer reír no lo es. Porque esta tarea se compone no solo del ingenio sino también de talento y diligencia. La manifestación humana de todos estos ingredientes junto con un objetivo comprometido a evocar risa es lo que yo llamo “un bufón”.

En el mundo se conoce a un bufón como una bromista, un juglar o un gracioso, cuyo trabajo era hacer bromas y entretener a los demás. Los graciosos solían ser empleados por un monarca o por la nobleza.

<sup>1</sup> Keitel, 1998.

El bufón típicamente era crudo, poco refinado, mal educado y también sufría de una deformidad física. Según se supone, fue una categoría considerada como con estatus residual dentro de la jerarquía de la sociedad.

Curiosamente, la misma sociedad ha presenciado a un significativo número de obras literarias que fue desarrollado por este estrato marginal y pasivo que también ha sido apreciado por los que lo han leído. Sí, me refiero a la literatura bufonesca y a su presencia en toda la literatura renacentista.

En el marco contextual de la literatura bufonesca o literatura del loco en la época de Siglo de Oro, es interesante fijarse en cómo este género el cual se ha reducido a un sub género se ha manifestado como uno de los más importantes e imprescindibles en toda la literatura española, la novela picaresca. Su difusión ha sido tan evidente y lúcida que no es difícil decir que el género ha sido un epi-desarrollo de la literatura bufonesca. Y es mi intento sincero a través de esta ponencia entender por mí misma este fenómeno, enfocándome en dos novelas de valor primordial del Siglo de Oro, el anónimo *Lazarillo de Tormes* y el *Guzmán de Alfarache* escrito por Mateo Alemán. Las dos novelas y sus protagonistas personifican al arquetípico 'pícaro': el bromista, el aventurero. Entonces, ¿es pícaro el bufón o es bufonesco el pícaro?

Para estudiar este vínculo entre los dos, es indispensable echar un vistazo a la literatura bufonesca, desde los momentos de su concepción hasta su evolución como género literario en la posteridad aunque no se haya limitado a sí mismo a una específica forma de género se encuentran poemas, canciones, crónicas y novelas que pertenecen al título de literatura bufonesca o del 'loco'.

El primer rasgo nos lleva a observar que la literatura bufonesca se define por la presencia de un bufón bien como el autor de un poema, novela o crónica o como el protagonista de la obra. Como ya se sabe, la figura del bufón hizo su aparición por primera vez en la Antigua Grecia y se extendió hasta la caída del Imperio romano, resurgiendo en las ciudades estado de Italia en los siglos VIII y IX. En su segunda entrada, la figura del bufón tuvo una asociación cercana a un loco, tanto en la manera de vestirse como en la de hablar y en lo dicho, mostrando una incapacidad por entender los problemas del mundo y una capacidad para ignorarlos. También se percibieron como oráculos del Espíritu Santo.

En España, su referencia por primera vez aparece en el *Libro de la nobleza y lealtad*, obra dedicada al rey canonizado, Fernando III, en donde el bufón se menciona como un *albardán*, una palabra de origen árabe y finalmente sustituida en castellano por la palabra ‘*truhán*’. Es en el siglo XV, cuando encontramos los nombres de los primeros truhanes – por nombrar algunos, Mosén Borra, quien fue el bufón de Fernando de Antequera y Davihuelo, un miembro de la primera corte de Trastámara. Este último ha sido atacado en los poemas por Alfonso Álvarez de Villasandino y Juan Alfonso de Baena, bufones renombrados de aquella época. Hasta tal punto que Villasandino lo llamó un «loco endiablado/ con su cara endiablada». Tanto Villasandino como Juan de Baena junto con Antón de Montoro fueron poetas en las cortes de Juan II de Castilla. Sus obras constan de poemas compuestos como *cancioneros* y fueron regalados al Rey ej. *Cancionero de Baena o Cancionero del Palacio*. Escribieron poemas, participaron en debates burlescos, formularon y contestaron preguntas y dudas ridículas. El objetivo fundamental era el entretener al Rey y a la nobleza a cambio de una recompensa trivial. Y esta recompensa no estaba desprovista de humor en sí misma, según lo demostrado en el caso de Antón de Montoro que pidió a un noble que castigara a su mozo por haber quitado primero la espalda del cuarto del cordero que se le había dado. Lo cual resulta en un juego de palabras al final del poema<sup>2</sup>:

y señor, dalde tal calda  
de palabras o de mano  
que me dé mi cuarto sano,  
o dadme vos el espalda.  
(Montoro, 107)

La tradición de estos soldados de humor que también esgrimieron la pluma se ha extendido también al siglo 16. Aquí cabe mencionar el nombre de Don Francesillo de Zúñiga, que fue bufón en la corte del Emperador Carlos V. Él ha presentado una crónica burlesca en la que representa los principales personajes de la Corte de manera humorística. En el mismo siglo, se debe reconocer la aportación del médico bufonesco, Francisco López de Villalobos y Sebastián de Horozco. Francisco Márquez Villanueva, que realizó una investigación com-

<sup>2</sup> Roncero López, 2001, p. 236.

prensiva sobre este último, incluye el '*Marco Aurelio*' de Antonio de Guevara en esta categoría supra genérica.

Al entrar en el siglo XVII, nos encontramos con dos sobresalientes ejemplares de literatura bufonesca, dentro del dominio del género picaresco. El primero es *La pícaro Justina*, escrito por Francisco López de Úbeda, 'el médico bufonesco' vinculado a Don Rodrigo Calderón, el Marqués de Siete Iglesias y también un favorito del Duque de Lerma, quien en aquel tiempo era el privado de Felipe III. La segunda obra, publicada a mediados del mismo siglo es *La vida y hechos de Estebanillo González, hombre de buen humor*, supuestamente escrito por Gabriel de la Vega. Esta obra que narra la vida del mozo Octavio Piccolomini y del Cardenal Infante Don Fernando de Austria denota el fin de la literatura bufonesca en España.

«El caso español viene a ilustrar dicho proceso con la continuidad perfecta que, en determinado momento, transforma la literatura del 'loco' en la del 'pícaro', igual que aquella había heredado a la del juglar»<sup>3</sup>. Es esta observación de Francisco M. Villanueva que nos hace reflexionar sobre la literatura del bufón y la del pícaro y podemos proponer con poca duda que la literatura picaresca sigue a la del loco.

De ahí, es muy apropiado que comencemos nuestra investigación de muestras de elementos bufonescos en *Lazarillo de Tormes*, el cual se considera como el pionero del género picaresco y también nos centremos en *Guzmán de Alfarache*. La primera característica que ya despunta es una inclinación común hacia lo obsceno, una afinidad por lo folclórico que abunda en cuentos populares, dichos, refranes, alusiones bíblicas etc. Entre muchos de estos episodios podemos citar aquel en el que Lázaro, después de haber servido de mozo al vil ciego, se encuentra al clérigo avaricioso tan solo para enterarse de que «escapé del trueno y di en el relámpago»<sup>4</sup>, porque era el ciego para con éste un Alejandro Magno, con ser la misma avaricia, como he contado».

Por otro lado en Guzmán, cuando él llega a Almagro e intenta emplearse como un soldado de una compañía, se entrevista con el capitán diciéndole «cómo venía en su busca para servirle...»<sup>5</sup>. Apro-

<sup>3</sup> Roncero López, 2001, p. 237.

<sup>4</sup> Refrán que indica que una situación mala o desfavorable le ha seguido otra todavía peor.

<sup>5</sup> Alemán, *Guzmán de Alfarache*.

vechándose del vestido prestado, dice Guzmán «echando la mano como un príncipe, cual si tuviera para cada martes orejas»<sup>6</sup>.

Hemos de pasar ya a otro tema fundamental de lo bufonesco – ‘el auto hablante’ *indignitas hominis*. Los escritores o protagonistas de este grupo expresan su origen y linaje deshonroso en términos de una auto degradación burlesca. Y esto sirve de comentario satírico sobre las discrepancias de los altos niveles tanto en la sociedad medieval como en la renacentista. Cabe mencionar el estatus marginal concedido a los ‘conversos’ judíos de aquella época. Estamos hablando aquí sobre Juan Alfonso de Baena, Antón de Montoro, Francesillo de Zuñiga que siendo conversos, han explotado el humor como herramienta para sobrellevar con su origen ‘deshonroso’. Como justamente señala Caro Baroja<sup>7</sup>:

El humorismo es una forma de enfocar la existencia que conviene al converso, porque el humorista se burla de los demás, sí, pero empieza por burlarse del propio ser. El humorista tiene algo del payaso, del bufón y él mismo es el primer objeto de risa.

El autor de *Lazarillo*, pues, ya tenía un ejemplo inspirador para hacer que su protagonista declarara en una voz imperturbable «de esta manera, mi padre, que Dios perdone, tenía cargo de proveer una molienda de una aceña [...] en la cual fue molinero más de quince años»<sup>8</sup>. Lázaro también nos brinda un vínculo directo con la clase marginal a la cual pertenecía su padre, un morisco, cuando dice «En este tiempo se hizo cierta armada contra moros, entre los cuales fue mi padre»<sup>9</sup>. Esta propia degradación viene junto con un potente humor bufonesco, probablemente empleado por el autor como una estrategia narrativa para lanzar a la superficie el patetismo implícito. Especialmente en instancias donde Lázaro habla de la depravación de su situación final con una voz irónica y de burla, «en este tiempo estaba en mi prosperidad y en la cumbre de toda buena fortuna»<sup>10</sup>. Sin embargo, me resultó muy interesante ver un aspecto bipolar en el

<sup>6</sup> Díjose por alusión al castigo que antiguamente en España, cortando los martes una oreja a los malhechores.

<sup>7</sup> Citado en Roncero López, 2001, p. 238.

<sup>8</sup> *Lazarillo de Tormes*, p. 13.

<sup>9</sup> *Lazarillo de Tormes*, p. 14.

<sup>10</sup> *Lazarillo de Tormes*, p. 135.

tema de *indignitas hominis*, cuando el tono de auto-menosprecio del bufón tiene un tinte de reclamo pretencioso hacia el origen en la nobleza a través del uso de apellidos exaltados. Sacando la inspiración del paradigma de Francesillo de Zuñiga que se declaró a sí mismo como «duque de Jerusalén por derecha sucesión, conde de los dos mares Rubén y Tiberiades», Lázaro se presenta a él mismo como «pues, sepa Vuestra Merced, ante todas cosas, que a mí me llaman Lázaro de Tormes, hijo de Tomé González y de Antona Pérez, naturales de Tejares, aldea de Salamanca»<sup>11</sup>.

Tras medio siglo, nos damos cuenta de que el Guzmán de Mateo Alemán es otra vez el hijo de un bastardo, el resultado de una relación adúltera entre su madre y un mercader genovés, que niega su fe Católica cuando está cautivo en África. Guzmán, igual que Lázaro no se avergüenza de revelar sus raíces inmorales al lector. Adelantándose por un paso más en asuntos de genealogía, tratándola de manera burlesca, se compara a sí mismo con ningún otro que El Cid. La afición bufonesca por apellidos de renombre, se refleja también en Guzmán cuando afirma «los cognombres, pues eran como quiera, yo certifico que procure apoyarla con lo mejor que pudo, dándole más cosas nobles que pudiera un rey de armas»<sup>12</sup>. Ni tampoco es un bufón inocente. Al contrario, Guzmán es considerado un sabio, alguien que sabe bien y define las características de su oficio. El asegura que ha desempeñado las obligaciones del bufón al Cardenal en Roma y al embajador francés cuando dice «yo era su gracioso, aunque otros me llamaban truhán chocarrero»<sup>13</sup> y más, también atraviesa ofrece una justificación diciendo que la clase alta necesita este tipo de servidores como consejeros discretos ya que se pueden confiar en ellos para entregar mensajes con veracidad sin ofender a nadie. Cubriendo la ofensa por ingenio verbal y actos físicos, «necesario es y tanto suele a veces importar un buen chocarrero como el mejor consejero»<sup>14</sup>.

La lucidez en la comprensión de Guzmán del oficio del bufón tiene sus raíces en su autor que se percibe como uno que goza de un conocimiento exhaustivo de la tradición bufonesca. Su entendimiento de la función bufonesca se desenmascara a través de Guzmán que clasifica los bufones en tres tipos: «hay otro género de graciosos, que

<sup>11</sup> *Lazarillo de Tormes*, p. 12.

<sup>12</sup> Alemán, *Guzmán de Alfarache*.

<sup>13</sup> Alemán, *Guzmán de Alfarache*.

<sup>14</sup> Alemán, *Guzmán de Alfarache*.

sólo sirven de danzar, tañer, cantar, murmurar, blasfemar, acuchillar, mentir y ser glotones; buenos bebedores y malos vividores, cada uno por su camino y alguno por todos»<sup>15</sup>.

La percepción profunda obtenida por Alemán se refleja en un único comentario que propone ante el lector, a saber,

Porque para decir gracias, donaires y chistes, conviene que muchas cosas concurren juntas. Un don de naturaleza, que se acredite juntamente con el rostro, talle y movimiento de cuerpo y ojos, de tal manera, que unas prendas favorezcan a otras y cada una por sí tengan un donaire particular, para que juntas muevan el gusto ajeno. Porque una misma cosa la dirán dos personas diferentes: una de tal manera, que te quitarán el calzado y desnudarán la camisa, sin que con la risa lo sientas; y otra con tal desagrado, que se te hará la puerta lejos y angosta para salir huyendo y, por más que procuren éstos esforzarse a darles aquel vivo necesario, no es posible<sup>16</sup>.

En el mismo momento de hablar sobre el reconocimiento y la comprensión de este género y sus distinciones, no está de más mencionar, probablemente, la más importante de la tradición clásica, que, el propio Erasmo de Rotterdam ha incluido en su *Stultitiae laus* (1580) – *el consejero a su amo*. No es ironía cuando el humanista de Flandes ha representado la idea de Stultitia (locura) para proponer que son solo los ‘locos’ y ‘graciosos’ a los que era permitido decir la verdad como tal, verdad que las cuales si hubiera sido dicha por cualquier otro, pues, habría sido castigada. Guzmán comparte la misma opinión cuando dice durante su estancia con el embajador que «tiraba conmigo en dichos y hechos»<sup>17</sup> «Yo no sería malo cuando los tuviesen tanto para su entretenimiento, cuanto para recoger por aquel arcaduz algunas cosas, que no les entraría bien por otro. Y éstos, acontecen ocasiones en que suelen valer mucho, advirtiéndolo, aconsejando, revelando cosas graves en son de chocarrerías, que no se atreverían cuerdos a decirlas con veras»<sup>18</sup>.

Al considerar a los bufones como portavoces de la verdad sin ofensa, también nos hace reflexionar sobre el empleo de la sátira, una

<sup>15</sup> Alemán, *Guzmán de Alfarache*.

<sup>16</sup> Alemán, *Guzmán de Alfarache*.

<sup>17</sup> Alemán, *Guzmán de Alfarache*.

<sup>18</sup> Alemán, *Guzmán de Alfarache*.

estrategia predominante de narrativa, ejercido en las dos obras. Cuando el clérigo avaricioso, dándole a un pobre y hambriento Lázaro los huesos roídos por él mismo dice, «toma, come, disfruta, que para ti es el mundo. ¡Mejor vida tienes que el Papa!, la respuesta despectiva de Lázaro suena casi benévola: «¡Ojalá te la dé Dios a ti igual!»<sup>19</sup>.

La trivialidad evidente y la acción intrascendente de los elementos bufonescos en estas novelas toman un giro muy agudo al llegar a conocer el propósito didáctico que domina la novela de manera sutil. Desde la últimas palabras de Guzmán con referencia a «si el cielo me la diere antes de la eterna que todos esperamos»<sup>20</sup> hasta lo que el autor del Lazarillo quiso que sus lectores sacasen de la obra cuando dice expresamente «Y esto para que ninguna cosa se debería romper ni echar a mal, si muy detestable no fuese, sino que todo se comunicase, mayormente siendo sin perjuicio y pudiendo sacar della algún fruto»<sup>21</sup>.

Las dos instancias citadas arriba sugieren un momento de rendición, el cual es único al género picaresco, aunque ha de tenerse en cuenta el análisis de Nina Cox Davis que afirma que «Alemán's text is very much concerned with *burlas* at all levels of articulation»<sup>22</sup>. Al final cabe observar que en los dos textos, el entretenimiento como un arte moralmente responsable y beneficioso para la sociedad sobrevive ileso.

Como conclusión, me gustaría creer que si el pícaro es bufonesco o el bufón picaresco, a ellos no les importó.

#### BIBLIOGRAFÍA

Alemán, Mateo. *Guzmán de Alfarache*, disponible en <http://ia700300.us.archive.org/32/items/vidayhechosdelp00alemgoog/vidayhechosdelp00alemgoog.pdf>.

Davis, N. C., *Autobiography as burla in the Guzman de Alfarache*, Lewisburg, Bucknell UP, 1991.

<sup>19</sup> *Lazarillo de Tormes*, p. 50.

<sup>20</sup> Alemán, *Guzmán de Alfarache*.

<sup>21</sup> *Lazarillo de Tormes*, p. 5.

<sup>22</sup> Davis, 1991.



- Keitel, A., «Bufones eran los de antes», *El Arca*, 33, 1998, disponible en <http://www.elarcaimpresa.com.ar/elarca.com.ar/elarca33/notas/bufones.htm>.
- Lazarillo de Tormes*, ed. F. Rico, Madrid, Cátedra, 1987.
- Márquez Villanueva, F., «Literatura bufonesca o del loco», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 34.2, 1985/86, pp. 501-528, disponible en <http://www.jstor.org/stable/40298680>.
- Perelmuter Pérez, R., «The Rogue as Trickster in *Guzmán de Alfarache*», *Hispania*, 59.4, 1976, pp. 820-826, disponible en <http://www.jstor.org/stable/340201>.
- Pérez Venzala, V., «Del bufón al pícaro: El caso de *La pícaro Justina*», *Cuadernos de Filología Hispánica*, 17, 1999, pp. 215-250, disponible en <http://www.ucm.es/BUCM/revistas/fli/02122952/articulos/DICE9999110195A.PDF>.
- Roncero López, V., «Lazarillo, Guzmán and Buffoon Literature», *MLN*, 116.2, 2001, pp. 235-249, disponible en <http://muse.jhu.edu/journals/mln/summary/v116/116.2lopez01.html>.